

El Nombre-de-Freud en el paradigmático caso del Hombre de los Lobos

The Name-of-Freud in the paradigmatic case of The Wolf-man

Por Juan Larraburu¹

RESUMEN

El presente trabajo se propone indagar el estatuto de la castración en El Hombre de los Lobos, su fragmentación pulsional y el interrogante acerca del diagnóstico diferencial. Se trabajará tomando el caso freudiano y algunas referencias de su tratamiento con Ruth Mack Brunswick, poniendo particular énfasis en las lecturas del historial tanto de Lacan como de otros psicoanalistas. Se intentará dar cuenta de su importancia para abordar la complejidad de la clínica actual y la puesta en cuestión de los diagnósticos estructurales. Asimismo, se propondrá como hipótesis la función de estabilización/suplencia que tiene el psicoanálisis para el paciente.

Palabras clave: Diagnóstico, Castración, Forclusión, Función paterna, Estabilización.

ABSTRACT

The present work intends to investigate the statute of castration in The Wolf Man, its drive fragmentation and the question about the differential diagnosis. It will work taking the Freudian case and some references to his treatment with Ruth Mack Brunswick, placing particular emphasis on the readings of Lacan and other psychoanalysts. An attempt will be made to account for its importance to address the complexity of the current clinic and the questioning of structural diagnoses. Likewise, the stabilization/substitution function that psychoanalysis has for the patient will be proposed as a hypothesis.

Keywords: Diagnosis, Castration, Foreclosure, Parental function, Stabilization.

¹Universidad del Salvador (USAL). Facultad de Psicología. Licenciado en Psicología, USAL.
Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Maestrando en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad, UBA.
Psicoanalista.
E-mail juan_larraburu@hotmail.com
Buenos Aires, Argentina

Época y multiplicidad clínica

El debate por los diagnósticos o categorías diagnósticas utilizadas en psicoanálisis están, de un tiempo a esta parte, en observación. La multiplicidad en las presentaciones clínicas, las dificultades en los manejos transferenciales, como así también en interpretar o intervenir, las modificaciones en las demandas, la complejidad de hacer sopesar las elaboraciones simbólicas en análisis, la pregnancia, en muchas ocasiones, del registro imaginario, hacen de la época y sus coordenadas un desafío en la línea de pensar las estructuras clínicas y la dirección de la cura.

La profundización del discurso y funcionamiento capitalista, la *pantallización* como modo de existencia y la vertiginosidad alienante que atravesamos, deja en perpetuo cambio las lógicas sintomáticas y los malestares que se presentan en las consultas. En estas sociedades en “proceso de aceleración”, según las define Hartmut Rosa, en donde “la velocidad del cambio está cambiando en una constante contracción de los lapsos de tiempo definibles como ‘el presente’” (Rosa, 2016, p. 26), ¿podemos seguir confiando en las clásicas coordenadas mapeadas al psiquismo y lo subjetivo? ¿Estamos en condiciones de continuar apostando por la división tajante -a todo o nada- de las neurosis y las psicosis?

En relación a las estructuras históricas antes nombradas sabemos que, en términos freudianos, nada tenemos más que un esbozo, un *a priori metapsicológico*. Más allá de una tendencia en Freud a un modelo químico, vecino de cierta referencia estructural, sobre todo si pensamos en esa metáfora del cristal que no se rompe caprichosamente, sino que siguiendo “líneas de fractura en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba predeterminada por la estructura la estructura del cristal” (Freud, 2007, p. 54), lo cierto es que no hay registros puros en Freud del anclaje estructural, más allá de denodados esfuerzos de lectores posfreudianos. La concepción de esta última en tanto “grupo de elementos que forman un conjunto co-variante” (Lacan, 2012, p. 261), nace desde Lacan y su pensar la clínica desde el vector del Nombre-del-Padre y el funcionamiento de los discursos clásicos.

Lacan, que fue un analista preocupado por la cuestión de la época y la contingencia dirá, hacia al final de su enseñanza, que el discurso de la función paterna clásica, discurso del amo, sufre una mutación. Esta mutación resulta del ingreso de la producción y lógica capitalista, derivando como consecuencia, en el trastocamiento de los lazos que establecen las relaciones entre los sujetos.

Hasta ese entonces, cuatro eran los discursos con un esquema circular y bien definido en su funcionamiento. Discurso del amo, discurso de la histérica, de la universidad y del analista. Ahora bien, el nuevo discurso, el del capitalista, hace estallar el funcionamiento original brindado por Lacan; este último, funciona como el nuevo discurso amo. Sobre esto, Soria Dafuncho comenta que “es un discurso que en realidad no es un discurso, porque infringe las reglas del discurso, que desarma la doble barra de la imposibilidad y entra en un funcionamiento autónomo, en el que todo el tiempo está retroalimentán-

dose” (Soria, 2008, p.45), en la operatividad de carácter entrópico que el propio Marx le asignaba.

Este análisis sobre el funcionamiento particular y territorilizante del discurso y la axiomática capitalista armoniza, entre otros tantos, con algunas de las ideas plasmadas por Deleuze en el Anti-Edipo, siendo el funcionamiento un “codificar los flujos del deseo, inscribirlos, registrarlos, lograr que ningún flujo fluya si no está canalizado, taponado, regulado (...) el capitalismo instaura o restaura todas las clases de territorialidades residuales o fácticas, imaginarias o simbólicas, sobre las que intenta, tanto bien como mal, volver a codificar” (Deleuze y Guattari, 2012, p. 39). De Hegel a Deleuze, vía Lacan, hay entonces toda una distancia tanto temporal como lógica en el funcionamiento de los discursos y el campo social.

¿Qué modificaciones puede imponer este modo de producción? En principio la de una modalidad de relación muy distinta con la castración, punto nodal que abordaremos en el caso freudiano más adelante, y la aparición a partir de eso de una nueva serie de variantes y demandas clínicas, complejas de abordar y analizar. Continuando con la referencia a Soria Dafuncho (2008), si ya no es más el reino del padre, si ya no impera su Nombre, “hay que ver si se puede seguir sosteniendo la división neurosis-psicosis, ya que entonces nuestro referente deja de ser la presencia o ausencia del Nombre-del-Padre. Ya se trata de otro tipo de estructura que está nominada, nombrada de otra manera” (p.46).

Lo interesante de esta premisa también, es la necesidad de repensar uno de los postulados primeros sobre los que se edifica, al menos en parte, la teoría psicoanalítica: ¿Alcanza con Edipo? ¿Se puede confiar en él? Respecto de este interrogante, y en relación a los cambios a las nuevas presentaciones clínicas, Andre Green sostiene que “el prototipo mítico del paciente de nuestro tiempo ya no es Edipo, sino Hamlet” (Green, 1994, p. 88). Hay cierta visión histórica, desde Freud a Lacan y hasta nuestros días, que indica que un síntoma conversivo determina una histeria, un rumiar obsesivo a una neurosis obsesiva o una determinada alucinación a una psicosis. En los tiempos que corren, esta relación de implicancia directa, sincrónica, entre síntoma y estructura parece poder debatirse o ampliarse.

Recortes de un caso

No hubo caso que haya *escindido* más, justamente, aquella proximidad entre fenómeno sintomático y estructura, que el Hombre de los Lobos. Creemos que tiene razón Damasia Amadeo, cuando plantea en su prólogo a “13 clases sobre el Hombre de los Lobos” de Jacques Miller, que Freud se encontró con un paciente muy moderno ¿al que no supo tratar? (Miller, 2010, p. 14).

El historial es de por sí muy extenso, con muchísimas aristas teóricas, debates posibles y dueño de una complejidad interna un tanto extraña con respecto a lo que Freud acostumbra, pero intentemos aislar alguna de las singularidades que resultan interesantes sobre el famoso caso

y la cuestión del diagnóstico, tan remendada.

Como sabemos, Freud se encuentra con la llegada de un paciente de 23 años, un acaudalado ruso que pierde su fortuna en el contexto de la revolución de 1918 y que se presenta en su consultorio luego de un quebranto patológico por una infección gonorreica a sus 18 años, siendo desde entonces “una persona por completo dependiente e incapaz de sobrellevar la existencia” (Freud, 2009, p. 9). En forma previa y posterior a Freud, Sergei Pankejeff fue tratado por los psiquiatras y psicoanalistas más reconocidos de la época. Además de su tratamiento con Kreapelin, quien lo diagnostica como una insania maniaco-depresiva, fue entrevistado por Ziehen, Mack Brunswick, Gardiner y Eissler, entre otros. Curiosamente, los diagnósticos recibidos fueron muy distintos: neurastenia, neurosis obsesiva, trastorno límite de la personalidad, narcisista, entre otros.

Los avatares del desarrollo del Hombre de los Lobos, sobre todo lo acontecido en su infancia que es donde Freud sitúa su interés, son extensísimos. Marcado por una fuerte ambivalencia entre actividad y pasividad, heterosexualidad y homosexualidad, sadismo y masoquismo, lo genital y lo anal, al mismo tiempo que una variabilidad sintomática que se prolonga desde una fobia, hasta una neurosis obsesiva, pasando por síntomas histéricos e hipocondriacos y una alucinación, forman parte del historial de un paciente cuyos decursos libidinales han estallado por los aires. Sobre esto último, sobre sus fragmentaciones libidinales, eje central en lo que sigue como análisis del caso, buscaremos desde ahora hacer algunas puntualizaciones.

Temprano en el texto, Freud comienza a referir: “Ninguna de sus posiciones libidinales, una vez establecida, era cancelada por completo por una más tardía. Más bien subsistía junto a las demás permitiéndole una oscilación constante” (Freud, 2009, p. 26). Desde aquí, y teniendo siempre al complejo de castración como pivote del caso, Freud nos reenviará una y otra vez a una serie de referencias en esta línea, las cuales desencadenaron largas diatribas en la bibliografía psicoanalítica. En continuidad con aquellas referencias, un punto central en el caso expuesto en el capítulo IV: El sueño y la escena primordial. Como se sabe, el paciente ruso presenta un sueño acontecido en su infancia en la noche previa a una navidad y su cumpleaños. En el mismo se veían a unos lobos blancos montados en un nogal que daba a la ventana de su habitación; los mismos lo miraban quietos. Preso de una gran angustia, se despierta. Del sueño y su descomposición se pasará sin escalas a la elaboración de la escena primordial en donde Freud construye que el paciente observa a sus padres manteniendo comercio sexual. En esta escena se habría topado por primera vez, resignificado *apres-coup* {*Nachtraglich*}, con la castración. Lo particular del sueño y de la escena primordial es que, en un funcionamiento casi conjunto, en dos tiempos y sobredeterminado, formará, según Freud, “la causación de su neurosis infantil” (2008, p. 32) y la aparición de una angustia destinada a gobernar su vida en lo sucesivo.

Es interesante cómo el trauma nace póstumo, a través

no del contenido efectivo de la escena primordial, sino del texto del sueño. Con esto, la vieja teoría del trauma del “Proyecto...” y del caso Emma, vuelve a cobrar vigencia décadas después. Quizás la diferencia con esta otra referencia es que a la pregunta de ¿Qué es el trauma?, la respuesta se presenta ambigua, debido a que la dimensión fantasmática que la escena representa es infinitamente más importante que el hecho en tanto acontecimiento real, del cual el paciente jamás aporta elementos.

Freud, entonces, tal como el nombre de la publicación da cuenta, “De la historia de una neurosis infantil”, ingresa en el cuadrante, algo pantanoso, de la vía represiva (y su retorno) y de la neurosis. Hipotetizará, entre tantas cosas, que frente al deseo de ser poseído por el padre y la condición necesaria de estar castrado para lograr aquel objetivo se produce en él “una represión {*esfuerzo de desalojo*}” (p. 44). Lo contradictorio que empezamos a observar en este punto, volviendo a aquel primer párrafo citado anteriormente, es el tratamiento que da el autor al funcionamiento libidinal del paciente que desencaja con el par represión/neurosis.

Profundizando más, observa: “Desde el sueño, era homosexual en lo inconsciente; en la neurosis retrocedió al nivel del canibalismo; pero la anterior actitud masoquista siguió siendo la dominante. Las tres corrientes tenían metas sexuales pasivas; se trataba del mismo objeto y de idéntica moción sexual, pero se había plasmado una escisión {*Spaltung*} de esta última siguiendo tres niveles diversos” (p. 61). Veremos más adelante el tratamiento que otorgaremos sobre la *Spaltung*, pero empezamos a ver la fragmentación en el sentido de lo pulsional.

El análisis, y al mismo tiempo los problemas, se van profundizando. Continúan en la página 74 las consecuencias del esclarecimiento indeseado que el sueño arrojó y la desestimación de lo nuevo. El propio Freud referirá la contradicción que implica la subsistencia de la angustia de castración con la identificación con la mujer por medio del intestino, aunque lo justifica por el particular funcionamiento de los mecanismos inconscientes. Sin embargo, luego, esta afirmación:

“Una *represión* es algo diverso de una *desestimación*” (*eine verdrängung ist etwas anderes als eine verwerfung*) (p. 74).

En esta frase, aspecto no menor que nos interesa para nuestro recorrido posterior, Miller (2010) dirá que se juega lo esencial de la teoría de la psicosis (p. 112).

Luego, el intrincado párrafo que consideramos nodal en el historial, acerca de la posición del paciente frente al problema de la castración. Su riqueza nos lleva a exponerlo casi en su totalidad:

La desestimó y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión. Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera (...) Después se encuentran buenas pruebas de que él había reconocido

la castración como un hecho. Se había comportado también en este punto como era característico de su naturaleza, lo cual por otra parte nos dificulta muchísimo tanto la exposición como la empatía. Primero se había revuelto y luego cedió, pero una reacción no había cancelado la otra. Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable (Freud, 2008, p. 78).

Acto seguido a este párrafo Freud expone la renombrada alucinación del dedo cortado que sufre el paciente poco antes de sus 5 años, refiriendo: “Tenemos entonces derecho a suponer que esta alucinación cayó en la época en que se decidió a reconocer la castración, y acaso estuvo destinada a marcar precisamente ese paso” (Freud, 2008, p.79).

Por último, llega el momento del caso donde Freud concluye, en relación a la posición del sujeto luego del sueño, que a pesar de lograr de un golpe la instalación o reinstalación de la genitalidad, eso no puede sostenerse. “Más bien, en un proceso que solo puede ser equiparado a una represión, se llega a la desestimación (*verwarf*) de lo nuevo y su sustitución mediante una fobia” (p. 99-100)

Algunas preguntas surgen de las últimas referencias. ¿Por qué pensar el caso en clave neurótica dada esta fragmentación de su libido? ¿Suponemos, acaso, una síntesis del yo un tanto más logrado en las neurosis? ¿Cómo pueden convivir lo aceptado y la abominado, con aquello desestimado y *sin dudas activable*? ¿Qué quiere decir que un proceso es *equiparable* a una represión? ¿Hay gradientes o estratos de la represión, en estas lecturas freudianas? ¿Qué tan polémico es leer una alucinación en términos de asunción de la castración? ¿No podría armonizar más la alucinación en el sentido de la desestimación o como respuesta, en términos lacanianos, a lo forcluido?

Recordemos en este punto que Freud prácticamente nunca puso en duda la neurosis del joven, a excepción del momento del fallecimiento de la hermana del paciente, momento en el cual apenas muestra indicio de dolor, lo que hizo a Freud, “dudar en cuanto la apreciación diagnóstica del caso durante todo un periodo” (p. 22). ¿Hay cierto forzamiento en Freud para pensar el caso en clave neurótica?

Hasta acá algunas de las puntualizaciones o interrogantes sobre el caso y su funcionamiento por demás singular y ambivalente.

Del análisis con Mack Brunswick

Como se sabe, años después Sergei vuelve a pedir análisis a Freud, quien lo deriva a la joven psicoanalista Ruth Mack Brunswick, la cual trabajaba con él. El análisis carece de los detalles clínicos expuestos en Freud, pero

da cuenta de algunos episodios y fenómenos muy ricos a la hora de abordar el caso. Pankejeff comenzó a sentirse mal años después de relativa estabilidad y arriba a la consulta con la psicoanalista, obsesionado con un grano que tenía en la nariz. Esta verruga, que tenía el peculiar funcionamiento de aparecer y desaparecer, lo hizo ir consultando de médico en médico, aterrizado por el defecto.

En el comienzo de sus observaciones Mack Brunswick, quien fue la única profesional que trabajó con el joven ruso que lo diagnosticó bajo la lógica de las psicosis, comenta que el paciente llega al tratamiento con una “idea fija hipocondríaca” (M. Brunswick, 2002, p. 180). La psicoanalista refiere que Sergei se sentía objeto de un daño en la nariz que había arruinado su perfil, transmitiendo una incapacidad de vivir, idea recurrente en la historia del paciente. “¿Se curará el agujero?” (p. 186), se preguntaba sin cesar.

Lo particular de este estado del que es preso el Hombre de los Lobos es que será interpretado por Mack Brunswick como “un residuo no resuelto de la transferencia” (p. 181), al mismo tiempo que comunica que “no había material nuevo” (p. 218), respecto de los últimos tiempos de análisis con Freud. Este lugar que le da al manejo transferencial la analista será clave. ¿Cómo opera la misma? Decide aplicar en forma rotunda una estrategia clínica, a saber, cuestionar la creencia que tenía el paciente de que ocupaba un lugar especial para Freud y el psicoanálisis. El Hombre de los Lobos conocía la importancia que ocupó su caso en las teorizaciones de Freud, quien además lo había definido como una persona de elevado intelecto, al mismo tiempo que el movimiento psicoanalítico y el propio Freud lo cobijaban haciendo colectas anuales y comprándole sus cuadros. Era de alguna manera, en su pensamiento, un protegido, un hijo de Freud.

La posición clínica adoptada por Mack Brunswick fue la de socavar ese lugar especial. El resultado testimoniado fue que “con la destrucción de las ideas de grandeza apareció toda su manía persecutoria” (p. 204). A la producción sintomática hipocondríaca se le sumó todo un desarrollo persecutorio objetivado en la propia analista, el mismísimo Freud, pero sobre todo un dermatólogo el cual le trataba la afección de la nariz ya mencionada.

Finalmente, la analista sitúa que es en un sueño donde se localizan algo de estos elementos persecutorios. Sin la puntilliosidad de los desarrollos freudianos, Mack Brunswick refiere que el paciente relata un contenido onírico, un “sueño de buen augurio (p. 205)”, en el que se halla en una habitación junto a su madre, situándose en un rincón una serie de iconos religiosos. Aquella se encarga de destruirlos, viéndose el paciente sorprendido de esta conducta. La analista interpreta, comentando que “se destruye la fantasía de Cristo con todo lo que ella implica” (p. 206). A partir de este momento, observa un proceso de apaciguamiento de los síntomas persecutorios y una estabilización en el cuadro de Sergei.

La vía lacaniana

Para Lacan, la importancia del caso freudiano es nodal. De hecho, en los albores de su enseñanza, su Seminario comienza con él. El Hombre de los Lobos recorrerá en forma explícita e implícita su teoría, pero siendo sobre todo una plataforma fértil en los primeros años. Acerca, por ejemplo, del Nombre-del-Padre, Paul Laurent Assoun expresa que la génesis de dicho concepto surge ya desde las primeras palabras del Seminario en 1951, “primeramente en relación al Hombre de las Ratas y luego al Hombre de los Lobos” (Assoun, 2008, p.80). Asimismo, es notorio cómo, a pesar de que el paradigma para pensar la clínica de la psicosis se construye a partir de Schreber, el mecanismo originario de esta, a saber, la forclusión, toma forma desde el historial del paciente ruso. Aquel concepto de *Verwerfung*/Desestimación, como un proceso *equiparable* a una represión, en silencio durante más de 30 años, será desempolvado para iluminar la teoría estructural y el modo defensivo psicótico. La filiación está a la vista.

Como dijimos, nos centraremos en un Lacan temprano, de primacía en el terreno simbólico, para ver qué nos dice en referencia al caso y fundamentalmente en relación a su posición diagnóstica. En el Seminario inédito sobre el Hombre de los Lobos, Lacan esgrimirá que el complejo de Edipo no fue realizado en su plenitud, quedando “inacabado” ya que “el padre es carente” (Lacan, 1952, p.1). Toda la historia de Sergei, según el autor, estará signada por la búsqueda de un padre simbólico y castigador, pero sin hallarlo: “El padre real es muy gentil y, además, disminuido” (p. 18). Asimismo, Lacan pone de relieve las relaciones entre el yo (*moi*) y la evolución de la libido, y las consecuencias en estas a partir del estatuto de la castración en la infancia del paciente. Sobre esta última y su asunción, Lacan enuncia la presencia de un “cisma” entre el mundo intelectual del paciente y su vida pulsional (p. 3). Retomaremos más adelante este punto, cuando ubiquemos en el texto freudiano la diferencia entre *Glaube* y *Gedanke*.

Las embrionarias clases de Lacan sobre el paciente demarcan que hay un orden existente en el cual el Sergei no se reconoce y que buscará, incluso, hasta en su instrucción religiosa, la que apacigua, pero no del todo. Encuentra en el discurso religioso cierta relación entre El Padre y El Hijo, pero falta el *espíritu* (p. 11). Continúa sin dar en el blanco con un padre que sitúe coordenadas, cuando el suyo “no es castrador ni en sus actos, ni en su ser” (p. 10).

En definitiva, para Lacan continúa siendo, al igual que para Freud, preponderante lo que sucede en el paciente en relación a la castración y su reconocimiento. El problema de la *integración sexual* y de la fragmentación libidinal, decantará en la múltiple presentación sintomática del Hombre de los Lobos. Dice: “Hay superposición de un pequeño núcleo histérico, una formación infantil de neurosis obsesiva y una estructura paranoica de la personalidad (...) después del análisis con Freud este personaje presentó un comportamiento psicótico” (p. 4/6). El autor, entonces, hace hincapié más que en el diagnóstico

en el polimorfismo sintomático y en su *comportamiento*.

Continuando en línea temporal, pasamos al Seminario de Los Escritos Técnicos, en el cual hablará del Hombre de los Lobos como una obra central (Lacan, 2010, p. 28). Observaremos aquí que Lacan arranca a pensar el caso en la dirección de la *Verwerfung* y de la *no-Bejahung*, aunque sobre el episodio de la alucinación dirá que, si bien es la aparición de un real no simbolizado, “el sujeto no es en absoluto psicótico. Solo tiene una alucinación. Podrá ser psicótico más adelante, pero no lo es en el momento en que tiene esa vivencia absolutamente limitada” (p. 97). Se plantea en este punto cuestiones sobre su mecanismo defensivo, y se define a la alucinación como un “fenómeno de psicosis” (p. 97), pero aún no termina de apostar definitivamente por su diagnóstico, incluso habla de que al paciente ruso se lo podría denominar como una neurosis de carácter o neurosis narcisista. En este punto, cuando Lacan habla de *más adelante* parece ver que las condiciones para una psicosis adulta se encuentran reunidas.

Pasamos a 1954, en donde los desarrollos en este sentido continuarán en la “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung en Freud”, donde Lacan puntualiza los obstáculos a los que se ve sometido Freud, quien parece ir de “sorpresa en sorpresa” (Lacan, 2008, p. 367). ¿Qué nos aporta este texto? Lacan sigue capturado por el análisis de la alucinación en el paciente y retorna nuevamente al concepto de *Verwerfung*, al cual aún no define en términos de forclusión, sino de “cerceamiento (Retranchement)” (p. 368), como fenómeno de otra naturaleza, más notable. Un cerceamiento de la castración que produce una abolición simbólica. Aquí, aunque el sujeto se comporte *como si* hubiera tenido acceso a la realidad genital, “ésta ha quedado como letra muerta para su inconsciente” (p. 367).

La *Verwerfung* altera el orden simbólico, al establecimiento del proceso primario en torno a la *Bejahung*, que “no es otra cosa sino la condición primordial para que de lo real venga algo a ofrecerse a la revelación del ser, o, para emplear el lenguaje de Heidegger, sea dejado-ser” (p. 369). Esto último, esta condición de ser *dejado-ser*, parece ser la que se ausenta en el joven ruso, quien justamente repite como un mantra a lo largo de toda su vida, en aquella identificación con la madre: *Así no puedo vivir*. No se encuentra, podríamos decir, ese elemento pacificante que es la significación fálica y, lo no presente, aparece como una impotencia de existir.

Continuando con el fenómeno alucinatorio, Lacan nombrará un elemento que en muchas teorizaciones sobre el caso es pasado por alto y es la imposibilidad bajo la que recayó Sergei de hablar en ese momento, de poner palabra, incluso cuando a su lado se encontraba su querida Aya. No solo no habla, no recurre a ella, “ni pestaña (...) perdiendo la disposición del significante, aquí se detiene ante la extrañeza del significado” (p. 371).

Creemos que se da, en la alucinación, o más bien luego de ella, una modalidad específica de relación, en tanto ausencia de un significante en la psicosis, a saber: la perplejidad. Una paralización del sujeto en su acceso

al campo significante frente a un ¿fenómeno elemental del paciente?

En el último lugar de estas referencias graduales en Lacan tomamos, lógicamente, el Seminario 3. Las clases que lo componen no solo serán la plataforma de despegue para su teorización de las psicosis y la clínica estructural, sino que también serán las páginas que den forma y traducción, por primera vez, al concepto de *Verwerfung* a la lengua francesa. Forclusión fue el término elegido, proveniente del campo jurídico, como un derecho no ejercido en plazos determinados. En la primera clase dice:

El hombre de los Lobos, quien no deja de dar fe de tendencias y propiedades psicóticas, como lo demuestra la breve paranoia que hará entre el final del tratamiento de Freud y el momento en que es retomado a nivel de la observación. Pues bien, que haya rechazado todo acceso a la castración, aparente sin embargo en su conducta, al registro de la función simbólica, que toda asunción de la castración por un yo (*Je*) se haya vuelto imposible para él, tiene un vínculo muy estrecho con el hecho de haber tenido en la infancia una breve alucinación de la cual refiere detalles muy precisos. La relación que Freud establece entre este fenómeno y ese muy especial *no saber nada de la cosa, ni siquiera en el sentido de lo reprimido*, expresado en su texto, se traduce así: lo que es rehusado en el orden simbólico, vuelve a surgir en lo real (...) hay una estrecha relación entre la *Verwerfung* y la alucinación (Lacan, 2012, p. 24/25).

Asimismo, Lacan subrayara que el Hombre de Los Lobos muestra “virtualidades paranoicas” (p. 71), al mismo tiempo que, abordando nuevamente el estatuto de la alucinación del dedo cortado, marca que aquello reaparecido en lo real, es algo lejano del par indivisible que significan la represión y el retorno de lo reprimido, exponiendo que el fenómeno desplegado en la psicosis es el del abordaje por el sujeto del significante, y la imposibilidad de ese abordaje, en tanto encuentro y colisión.

Lo que observamos en el recorte propuesto es como Lacan se va perfilando poco a poco en su recorrido inicial por el diagnóstico de psicosis, o al menos a orientar la lectura del caso en la línea de la *Verwerfung*. Hay un Lacan, creemos, que a veces en forma más directa y en otra en forma más tangencial, va bordeando la cuestión de la psicosis en Lobos.

La continuidad en Miller

Sobre lo último, J.A. Miller en “13 clases sobre el Hombre de los Lobos”, alentando la hipótesis que venimos sosteniendo en la lectura que hacemos de Lacan, y en referencia a aquel cuestionado párrafo de la página 78, donde se observa la solución que encuentra Freud en la subsistencia de las corrientes, dirá que “podemos preguntarnos si la causalidad significativa lacaniana, que nos tiene acostumbrado a algo distinto -es decir, a todo o nada-, permite esto (...) la lectura que Lacan puede hacer

de ese pasaje de Freud no se acomoda realmente al tema de la coexistencia de los diferentes niveles” (Miller, 2010, p. 110). Al mismo tiempo que sentenciará, tomando esta última línea, y a pesar de diferentes momentos e interpretaciones, que acerca del Hombre de los Lobos no cree que “haya habido nunca en Lacan la menor duda sobre la forclusión del Nombre del Padre.” (p. 21).

Pasamos entonces a Miller y su lectura del famoso caso al cual le dedica todo el seminario nombrado. Las 13 clases implicarán en forma permanente la cuestión diagnóstica y los fenómenos posibles de P0 Φ 0 y su relación causal o no. Para intentar arribar a ciertas conclusiones sobre estos puntos ahonda en cómo se juega en el paciente la castración o *kastraciones*, sus modelos defensivos y aquellos estratos de represión que diferencia Freud, los cuales considerará una dificultad del caso.

Miller hará una reinterpretación del historial, en donde intentará poner algo de orden al caos libidinal que supone el discurrir freudiano en el caso. Expondrá, de hecho, que el diagnóstico dependerá de cómo se ordenen esos lazos libidinales. La extensión y riqueza del texto no nos permite hacer una lectura lo suficientemente abarcativa del mismo, interesándonos por el abordaje que hace sobre las *kastraciones* del paciente y sus consecuencias.

Un aspecto fundamental de su reinterpretación será la de convocar a los registros lacanianos para pensar el caso. A la melaza freudiana, la respuesta de registros que ordenen. Miller (2010) ubicara tres tiempos y tipos de castraciones en el paciente: K1, K2, K3 (p. 82). La primera, K1, tiene que ver con las mujeres. Intento de seducción de la hermana y amenaza de castración por parte de la Aya. Aquí, en este primer estatuto de la castración, Freud dirá que el paciente se preocupa por la diferencia entre los niños y las niñas, por objetos fálicos como las serpientes, las orugas e incluso con comportamiento sádico. Su *pensamiento*, el cual Miller trabajará bajo el concepto alemán de *Gedanke*, sobre la castración está presente, pero no su creencia (*Glaube*). Aquí, en este primer tiempo de la castración, el registro es puramente imaginario. *Pensamiento e imagen*.

Damos un salto a la K2, a saber, el sueño. Esto cambia el estatuto de K1. El material onírico nos lanza automáticamente a la escena primordial, ambos puntos entrelazados en la *Nachtraglich* freudiana. La convicción de la castración, a partir de la visión del coito de los padres, implica realidad. Mientras que en K1 era posible, en K2 es *real*. Aquí tenemos *Gedanke + Glaube*, es decir, *pensamiento y creencia*.

Progresivamente todo parece ir ubicándose, sin embargo, en el medio de este desarrollo de Miller, ubicamos un punto en Lacan que arranca a allanar el camino de lo que vendrá: “Hay una estrecha relación entre, por un lado, la denegación y la reaparición en el orden puramente intelectual de lo que no está integrado por el sujeto” (Lacan, 2012, p. 25). Lacan hace referencia a lo *no integrado*, ¿Qué quiere decir esto?

Llegamos a la *kastracion* 3, lo que Freud denominó como “una influencia que modificó de manera decisiva su evolución” (Freud, 2009, p. 58): La instrucción religio-

sa por parte de la madre. Ésta debería ser la adecuación que le permita llegar al paciente, vía sublimación, al estatuto definitivo de lo genital. El término de sublimación, de mucha importancia para el autor, implicaría al registro simbólico. Presente el imaginario y el real en los tiempos anteriores de la castración, necesidad ahora de un anudamiento en términos significantes. La sublimación en la historia sagrada nos comenta Miller, “es aprender un esquema fijo (...) respecto del cual podemos localizar una solución que se construye en el conflicto anterior” (Miller, 2010, p.82). En lugar de esto, ¿qué tenemos? La religión como algo muy diferente: Cuestionamientos acerca de por qué Dios no salvo de la cruz a su Hijo, preocupación por el trasero de Cristo y toda una transparencia de actitud homosexual y de objeto para con el padre, que en nada dejaba atrás las marcas de la problemática anterior. Una sublimación fallida donde no están dados “los medios de una localización propiamente simbólica” (p. 83).

Continuando el hilo, del pensamiento a la creencia (Gedanke + Glaube), pero sin el pasaje por la *asunción*. El problema, tanto para Lacan cuando hablaba de ‘lo integrado’, como para Miller, será en el punto simbólico, en donde “hay un elemento invisible que falta, hay un término que va más allá de los que Freud emplea, como el conocimiento, el reconocimiento, etc. Ese que indicaría que el sujeto extrae las consecuencias de esta convicción, es decir, que la toma en serio” (p. 99). La asunción del símbolo queda vacía, el esquema de desarrollo libidinal queda trunco en su ingreso a lo genital, siendo la lengua anal, en identificación con la madre, lo que en lo sucesivo reine en la existencia del paciente. Lo que se juega en todo esto, en el corazón de la posición del Hombre de los Lobos frente a la castración, lo que “actúa ahí es lo que el propio Freud llama *Verwerfung*” (p. 113), y que ubica al paciente en relación con la psicosis.

¿Cuáles son las consecuencias que se desencadenan? ¿Dónde podemos observar estas hipótesis en el paciente? No se encuentra el elemento de paz, no se encuentra al Padre, existiendo solo una multiplicación de imágenes paternas: Los sastres, los médicos, los psicoanalistas. Esta relación “desordenada de figuras paternas es lo que vuelve problemático un *hay*” (p. 60). En lugar del padre de la castración en términos de paz, como aquel que significantiza la angustia, Miller ubicará que el paciente termina siendo objeto del padre en tres orientaciones, un *por* el padre en tanto: penetrado, comido y pegado (p. 93)

Si Lacan había comenzado a pensar, o al menos proponer esbozos de la psicosis en tanto fenómenos de la misma en Lobos, en Miller aparece una línea más definida respecto de su posición estructural o diagnóstica ¿Psicosis ordinaria en su caso? Mientras Freud, casi en conjunto con el paciente *ve* en todos los fenómenos imaginarios, incluso en la alucinación, augurios de la castración, para Miller será la consecuencia de una operatoria no realizada.

¿Perversión? ¿Borderline?

Existen, más allá de las renombradas lecturas de Lacan y la compañía de Miller, muchos análisis sobre el caso dentro de la literatura psicoanalítica. Tomamos brevemente alguno de ellos, como por ejemplo a Jean Rassial, quien definió al Hombre de los Lobos como la *figura príncipe* de lo que él llama *el sujeto en estado límite* (Rassial, 1999, p. 16). Este mismo “vino a cubrir una realidad patológica en otro tiempo variada que abarca de la psicopatía a las ‘perversiones sociales’, de las ‘preesquizofrenias’ a las neurosis narcisistas, etc.” (p.16).

Puntualmente sobre el caso, irá marcando que su paleta sintomática difícilmente sea reductible al tríptico de la neurosis, psicosis o perversión, aunque afirmará que “su estado no se puede explicar únicamente por la teoría de la represión” (p. 33); al tiempo que sostiene que “la pulsión escópica y pulsión anal ocupan una posición principal en el psiquismo del Hombre de los Lobos, ciertamente en la doble vecindad de la neurosis obsesiva y la perversión” (p. 37).

Tomemos esta *doble vecindad* para recorrer algunas cuestiones sobre la perversión en el caso, temática no tan abordada como toda la tesis psicótica. ¿Se puede pensar al Hombre de los Lobos como un perverso, al menos con rasgos perversos? Retomemos algo de la bibliografía freudiana para buscar algunas líneas de pensamiento. Buscaremos específicamente en tres textos que son “El fetichismo” (1927), “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1938), y el póstumo “Esquema del psicoanálisis” (1938). En todos estos escritos Freud va al encuentro de profundizar la indagación del yo “y su comportamiento en circunstancias difíciles” (Freud, 2012, p.84).

Iniciando por “El fetichismo”, observaremos que el fetiche cumple una función muy específica que es el de estar destinado a sustituir el pene, pero no cualquier pene, sino el de la madre en el que “el varoncito ha creído y al que no quiere renunciar” (2012, p. 148). ¿Tiene esta función en Lobos? Si pensamos en el caso, el paciente tiene un fetiche bien definido, que es una *compulsión* que gobierna su vida amorosa y que se remite a aquella escena primordial donde ve a sus padres. El fetiche en cuestión es la compulsión a tener relaciones *a tergo* y la impresión que le genera las nalgas en las mujeres.

Una cosa es su preferencia por las mujeres de bajo intelecto, como lo fue a posteriori su esposa Teresa, en oposición a la inteligencia de su hermana; pero otra, es la condición sexual mencionada que es de *rigurosa* necesidad. De no ser por esta condición, el paciente cuenta que no existe relación sexual que le depare satisfacción alguna.

Esta observación perversa sobre el caso y la desmentida fetichista, ¿No podría armonizar con aquella primera corriente nombrada en la página 78 la cual se revolvía o abominaba de la castración? Sobre esto Green dirá que el gran problema del Hombre de los Lobos será que “no quería ser ni hombre ni mujer” (Green, 1994, p. 45), y agrega que no es casual que Freud “descubriera la escisión a propósito del fetichismo” (p. 45).

Pasando a “Esquema del psicoanálisis” y al incompleto “La escisión del yo...” nos topamos con un análisis casi idéntico que se presenta en ambos textos y que se emparenta fuertemente con la harta referencia del párrafo aquel de las subsistencias. En el primero de los textos dice: “Se forman dos posturas psíquicas en vez de una postura única: la que toma en cuenta la realidad objetiva, la normal, y otra que bajo el influjo de lo pulsional deshace al yo de la realidad. Las dos coexisten (...) Si la segunda es o deviene la más poderosa, está dada la condición para la psicosis. Si la proporción se invierte, el resultado es una curación aparente de la enfermedad delirante” (Freud, 2012, p. 203). El funcionamiento defensivo esbozado anteriormente es la denominada escisión, sobre la cual Freud mencionará que no es gratis, dando como expensas una desgarradura irreparable en el yo del sujeto.

Respecto del funcionamiento defensivo yoico que es la escisión, Green sostendrá que Freud procede así sin darse cuenta a “describir los mecanismos fundamentales que nos encontramos en lo que hoy se llaman los casos fronterizos” (Green, 1994, p. 236), al mismo tiempo que tomando la doble vecindad antes expuesta, sitúa al Hombre de los Lobos, entre la locura y la psicosis, “en la escisión de una y otra” (p. 236). Acerca del devenir fronterizo el autor comenta que el funcionamiento coexistente será una protección contra la psicosis y su producción delirante, argumentando que Lobos no es Schreber. No hay destrucción del mundo, ni nueva realidad, sino una “realidad que coexiste con la realidad psíquica” (p. 238).

Ahora bien, con estas lecturas de los bordes y retornando a los textos freudianos, lo interesante en este punto es que interpretamos una apertura del juego por parte de Freud. ¿Qué nos quiere decir? ¿Abre la puerta a una clínica más continuista dependiendo de las fuerzas que prevalezcan, en tanto posibilidad delirante o *normalidad*, en un campo de batalla pulsional? ¿Por qué Freud haciendo todos estos planteos se inclinó, más allá de la distancia temporal de casi dos décadas entre el caso de Lobos y estas últimas referencias de su enseñanza, a pensar al caso desde la neurosis? Retomando la pregunta expuesta anteriormente: ¿El caso puede analizarse, vía la desmentida y el fetiche, como un caso de perversión?

Sobre este último interrogante creemos que la respuesta es negativa. Los rasgos perversos en el paciente están dados, pero la perversión no alcanza; no llega como estructura o pseudo-estructura a dar cuenta del océano pulsional y sintomático que el paciente desarrolla. Nos apoyamos en Masotta para cerrar este punto, quien sostiene que el Hombre de los Lobos no es perverso, “pero con condición”, teniendo cierto acceso al goce pero “reducido a un sector muy estrecho de lo real: el trasero de la mujer o la vista en cuclillas o desde atrás” (Masotta, 2004, p. 100).

El Nombre-De-Freud

Es particularmente interesante la lectura que hace del caso el psicoanalista inglés Darian Leader, en su texto “¿Que es la locura?” (2013). Leader hará un recorrido por

las formas de las psicosis, subrayando sobre la popularización que se hizo de esos diagnósticos en tanto asociados a presentaciones floridas y de desencadenamientos extraordinarios. El psicoanalista, en contraposición, se focalizará en aquellas producciones de la locura silenciosas, sutiles y mesuradas. Acerca de este punto, consistirá que hay que reconocer la diferencia entre “estar loco y volverse loco” (p. 310). Bajo este paradigma ubicará, justamente, en el halo de las psicosis a nuestro Hombre de los Lobos; dirá que éste muestra cómo “la locura puede desencadenarse y, posteriormente, desaparecer, estabilizándose de un modo discreto e invisible” (p. 309), y lo tacha del territorio de las neurosis a pesar de que otros analistas no vieron en él *signos* de psicosis.

Tomaremos dos elementos que nos interesan y le sirven de apoyatura a Leader para sostener su tesis. En primer lugar, el autor se interesa por la referida alucinación que tiene el paciente a sus 5 años, y toma ese rasgo al cual también presta atención Lacan (2008): la cuestión no es en sí la amputación, sino el silencio que frente a la niñera sostiene. Este mutismo evidencia el cataclismo simbólico que se le presenta. No hay padre simbólico, no hay metáfora de la castración, hay imagen de una herida corporal. Al mismo tiempo, nos dice que este elemento no resuelto del cuerpo, que también se ve en el agujero de la nariz del tratamiento con Mack Brunswick, lo vemos en otros momentos de su historia; Pankejeff va de un sastre a otro, de dermatólogos y dentistas a otros profesionales de la salud, siendo “como si estuviera recurriendo constantemente a Otro que le proporcionará a su cuerpo lo que no tenía. Podemos asumir que había una tara básica en la construcción de su cuerpo” (p. 325). En ese recorrido incesante, la búsqueda de un imaginario que lo sostenga, que lo asista; una fragilidad en sus identificaciones narcisistas, permanentemente amenazadas.

Por otro lado, la veta transferencial. Desarrollamos anteriormente sobre aquella intervención de Mack Brunswick en donde empuja al paciente a deshacerse de la posición de hijo favorito, mostrándole que Freud no se interesa por su caso y la locura que esto desencadena. La analista no percibió el lugar que ocupaba el delirio narcisista, en tanto pieza fundamental de la historia psicoanalítica. Leader, se pregunta “¿acaso no fue ese bautismo lo que en cierto modo solucionó el problema de Pankejeff de situarse a sí mismo en relación con el padre?” (p. 328). Coincidimos con esta lectura del autor, en tanto identificación estabilizadora.

Es particular, en relación a esto último, algunos detalles sobre desenganches que sufre el paciente en el derrotero de su existencia y que son expuestos en el historial con la discípula de Freud. La primera, cierta recaída una vez que se entera de la enfermedad de Freud y la creencia de muchos de su muerte inminente. En segundo término, Freud se ve envuelto en un intercambio teórico con Otto Rank, quien publica un artículo en donde pone en cuestión sus interpretaciones del sueño. A Freud le preocupaban algunas de las objeciones de Rank y solicita al paciente, confirmaciones de fechas y contenidos del material onírico. Aparentemente esto desencadena

nuevas ideas paranoides en Sergei, quien, asimismo, en sus memorias, escribe: “¿Pudo haber habido alguna conexión entre el estallido de la nariz y las preguntas del profesor Freud?” (Leader, 2013, p.332).

Por último, luego de un episodio en donde le invadieron la desesperación e ideas suicidas como consecuencia de una captura en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el aparente equilibrio es recobrado a partir de la publicación de un artículo, también de su autoría, el cual se intitulaba “Mis recuerdos de Sigmund Freud”. Evidentemente, siguiendo este lineamiento de hipótesis, en el vacío significativo a nivel del lenguaje, la constitución del *Nombre-de-Freud* aparece como suplencia. Leader, sentencia que “los psicoanalistas a menudo comentaron que lo que descartaba la psicosis era que fuera tan accesible al tratamiento analítico, sin darse cuenta de que la clave de que fuera tan accesible era el papel que la terapia tenía en él” (p. 327). Parece evidenciarse que cuando a Sergei se le lanza la pregunta ¿Qué soy? No hay nada que se articule como respuesta a su inefable y estúpida existencia, a menos, del Nombre que le aporta el psicoanálisis. Sin ir más lejos, de hecho, cuando pintaba -actividad también que le genera buenos elementos supletorios-, la firma que añadía a todos los cuadros era la de “Wolfman”.

En el psicoanálisis el Hombre de los Lobos encuentra la identificación estabilizadora que ni siquiera la religión había propiciado. Aquel intento de solución divina que aportó la madre, y que de algún modo ayudó a frenar algo de su fobia, estaba teñido intrínsecamente por la violencia y la sexualidad. Ser el hijo de Dios era menos peligroso que ser una mujer para su padre, pero aun así no alcanzó. En identificaciones sucesivas, de madre a Jesús, y de hijo de Dios a Freud, *ser* el gran colaborador y esfinge del psicoanálisis concluyó por ser un instrumento estabilizador.

La vía regia del sueño, égida del caso

Pasemos ahora al último punto que nos gustaría demarcar en este escrito: El sueño. Sobre el sueño y la angustia que (lo) despierta, Assoun refiere: “Cuando el peligro adquiere demasiada evidencia, el velo se desgarrar y el sujeto es expulsado *ipso facto* de su habitáculo onírico. El encuentro con la cosa interrumpe el acto del soñar” (Assoun, 2003, p. 77).

El lugar que ocupa el sueño en el caso es fundamental, afirmando el mismo Freud que tras el sueño “se escondía la causación de su neurosis infantil” (Freud, 2009, p. 32). Desde él se construirá la escena primordial, la conceptualización o el renovado cobro de vigencia de la teoría del trauma en dos tiempos, la interrupción del periodo díscolo, así como la aparición de los primeros signos de la neurosis obsesiva, y el ingreso del paciente, de acuerdo a la lectura de Freud, al universo genital.

¿Qué más aporta el sueño? En primer lugar, un modo de trabajar de Freud en el caso, que ensancha todavía más su particular proceder como analista. Veremos a conti-

nuación como Freud parece trabajar al revés que como indica en sus escritos técnicos, yendo “per vía di porre” (en lugar de “per vía di lavare”), volcando imágenes sobre la tela blanca del sueño (Soria, 2015, p.44). Algo similar se va a observar sobre la escena primordial, que es una construcción donde Freud enchufa imagen o sentido, más que una interpretación sobre los dichos del paciente. En voz de Lacan, “es Freud quien le enseña al sujeto a leer su sueño” (Lacan, 1952, p. 7) o también podemos pensar que el contenido onírico parece ser más *el sueño de Freud*, que el del analizado.

Pasemos a la interpretación de otro texto que nos interesa en forma particular para trabajar las hipótesis del historial: “Los sueños en las psicosis”, de Juan Pablo De Arriba. La pregunta rectora del libro será ¿cómo se dicen los sueños en las psicosis?, sus estructuras y efectos. El autor irá desarrollando acerca de las características y el funcionamiento de los mismos, hasta llegar a puntualizar los sueños paradigmáticos de Schreber y del Hombre de los Lobos. El autor también se sorprende acerca de cómo Freud deja de apostar por la vía significativa para desplazarse hacia las imágenes que impresionaron al sujeto. Reposo e inmovilidad, la tensa atención con que miraban, el sentimiento de realidad que el contenido trae, etc. Freud se corre de un abordaje por la *asociación* a la *impresión*, “de un abordaje significativo pasamos a una elaboración imaginaria sin mayores posiciones al respecto (...) el *objeto-mirada* se introduce como *el verdadero sujeto del sueño*” (De Arriba, 2018, p. 154).

En este sentido, parece que la elaboración del sueño freudiana pierde aquellas atribuciones dadas por Foucault en sus análisis de la *Traumdeutung*, en donde la valoración hacia el camino emprendido era en tanto fundador de la interpretación del discurso del soñante, texto fecundo como “interpretación de una interpretación”, y no de un signo (Foucault, 1981, p. 20).

Retornemos a la cuestión libidinal y diagnóstica por vez última. Como dijimos, Freud hace ingresar al paciente al terreno de la genitalidad a partir del sueño, siendo este último el que le dio aquella real constatación de la castración, dándole su posición sexuada y el anclaje represivo. Un sueño de ingreso, podríamos decir. ¿Pero qué podemos interpretar nosotros de esta producción que significa el sueño? ¿Qué fenómenos se producen a partir de la irrupción del mismo? Volvamos a las hipótesis que plantea De Arriba, y que continúan dando lugar a las elucidaciones que venimos desarrollando desde los recortes de Lacan hasta Leader. En su lectura del sueño, los lobos figuran “por primera vez para el sujeto ese goce del Otro, no ya el de la alcoba de sus padres, sino el de una mirada deslocalizada que amenazaba con devorárselo” (p. 155).

Creemos que de esta manera el lobo no representa el elemento fóbico parapeteando la angustia, sino una primera versión del Otro como gozador, localizada en un animal. Por otro lado, el autor afirma que “la inmovilidad del sueño es la manifestación de perplejidad que caracteriza la angustia psicótica. El sueño revela la eficacia de la forclusión al mismo tiempo que su empeño por mantener

las ligaduras psíquicas” (p. 155).

Conocemos las interpretaciones ligadas a los cuentos folclóricos que superpone Freud -Caperucita y los siete cabritos- al sueño del paciente. Para Freud, Sergei queda subordinado a la angustia del padre en el objeto lobo de los cuentos infantiles, más que a la “mirada fragmentaria de su propio sueño (...) ese objeto escópico deslocalizado que disuelve y paraliza al sujeto” (p. 155). Lo que el sueño pone en vereda es aquella *Spaltung* que nos referimos previamente, esa escisión entre “lo real de su cuerpo -el árbol- y la fragmentación que amenaza con devorar la imagen unificada de su yo -lobos-.” (p. 156). Desde el sueño, entonces, toda repartición libidinal característica del paciente, en tanto subsistencia de corrientes y aspiraciones sexuales, como consecuencia de la fragmentación que lo onírico supone. Mientras para Freud, el sueño da ingreso a la neurosis, para nosotros da ingreso a las primeras líneas de la psicosis.

Por último, es interesante observar el rol que ocupan los sueños en el paciente ya sea en las “líneas de escisión como de eficacia del proceso forclusivo” (p. 147). No solamente tenemos el sueño de los lobos, sino aquel sueño que mencionamos en el tratamiento con Ruth Mack Brunswick. Si bien, escasean los detalles de aquel material, es la propia psicoanalista la que ubica al contenido onírico como pacificante, de buen augurio, restitutivo o de encadenamiento en nuestra lectura. Así los sueños como un elemento príncipes, tanto de localización o significantización, como restitutivos, para continuar pensando la hipótesis estructural de la psicosis en el paciente ruso.

Algunos intentos de conclusión

Aunque nuestras conjeturas diagnósticas fueron orientándose hacia el espectro de las psicosis, los interrogantes por la estructura subjetiva, siempre en cuestión dada la ausencia del texto fresco del paciente, siguen siendo fruto de extensas producciones y debates. Continúan quienes reflexionan al paciente bajo la lógica de la neurosis, o neurosis narcisistas, o sobre el borde de los pacientes fronterizos. El sostenimiento por parte de Freud de aquellas tres corrientes coexistentes, los mecanismos defensivos puestos en juego, la multiplicidad de fijaciones pulsionales, y el estatuto dado a la castración, suponen una dificultad a la hora de abordar clínicamente el caso, al mismo tiempo que al momento establecer juicios o reflexiones diagnósticas. Incluso, retornando a Lacan, si bien en el tardío seminario 24 lo relaciona en forma directa con la forclusión del Nombre-del-Padre, en la medianía de su enseñanza lo define como “ese caso borderline que es El Hombre de los Lobos” (Lacan, 1962/3, p. 178).

Hasta acá algunas lecturas propuestas para lo que algunos no dejan de subrayar como “el caso más enigmático del psicoanálisis” (Green, 1994, p. 236) y sus derroteros diagnósticos. Diagnóstico que, como dijimos, no deja de presentarse a cielo abierto, atravesado por múltiples interpretaciones aún hoy en día, nunca concluyentes o definitivas. Lo interesante de aquel paciente postmoder-

no llegado a Freud hace más de 100 años, es cómo permanentemente nos impulsa a ir corriendo los límites de los imaginables clínicos, justamente en una época “que parece producir de manera ya no excepcional hombres cuyos rasgos se asemejan a los de aquel paciente” (Miller, 2010, p.16). El Hombre de los Lobos es un paciente del futuro, del hoy, un paciente de la contingencia, del destierro, expatriado de Rusia y de las representaciones clínicas de aquellos inicios del psicoanálisis.

¿Cuál es el valor clínico de estos desarrollos? Creemos que en el análisis del caso y sus hipótesis diferenciales no se encierra solamente el de un interés nosológico, un debate inerte por cerrar o repensar las cartografías diagnósticas. Hay algo más que un mero ejercicio estructural sobre el Hombre de los Lobos como si aquél fuera una momia psicoanalítica a la cual seguimos estudiando y, por otro lado, nombrando. En el estudio del caso seguimos lanzando el pensamiento a la complejidad de la clínica, a repensar la transferencia y sus manejos, los conceptos, las intervenciones, las formaciones del inconsciente, entre otros. En definitiva, un recorrido sobre el caso y algunas interpretaciones, que sirvan para continuar trazando las coordenadas de nuestra práctica y orientación, en un tiempo donde estas presentaciones surgen cada vez con más frecuencia, con nuevos fenómenos, demandas, y atravesamientos de la época en el sujeto. Con esto la necesidad de continuar pensando ciertos estatutos y lugares del psicoanálisis. Una necesidad de saber-hacer con estas clínicas.

Finalmente, como intento de respuesta a lo planteado, la necesidad de pensar los edificios psicopatológicos como un más allá de conjuntos cerrados o inalterados. Podemos intentar hacer, como plantea Soria Dafuncho (2015) un uso *no-todo* de esas estructuras. Frente al silogismo compuesto por si no es neurosis, es psicosis o si no hay forclusión, hay represión, llevarnos al ejercicio de un uso de la psicopatología que ubique los fenómenos, síntomas, presentaciones y demandas que quedan por fuera, “que nos sobrepasan” (p. 29), dejando un espacio abierto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Assoun, P. (2008). *Lacan*. Buenos Aires -Madrid. Ed. Amorrortu.
- Assoun, P. (2003). *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*. Buenos Aires: Ed. Nueva visión.
- De Arriba, J P. (2018). *Los sueños en las psicosis*. Buenos Aires: Ed. Letra Viva.
- Deleuze, G.; Guattari, F. (2012). *El AntiEdipo*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Foucault, M. (1981). *Nietzsche, Freud y Marx*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- Freud, S. (2009). *Tomo XVII*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (2012). *Tomo XXI*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (2007). *Tomo XXII*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (2012). *Tomo XXIII*. Buenos Aires. Ed: Amorrortu.
- Green, A. (1994). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Lacan, J. (2008). *Escritos 1*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.

- Lacan, J. (1952). *Seminario Inédito sobre el Hombre de los Lobos*. Buenos Aires: EFBA.
- Lacan, J. (2010). *Seminario I*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2012). *Seminario III*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (1962/3). *Seminario X*. Buenos Aires: EFBA.
- Leader, D. (2013) *¿Qué es la locura?*. México DF: Ed. Sexto piso.
- Mack Brunswick, R. (2002). *Suplemento a la Historia de una neurosis infantil de Freud*. En Gardiner, M. *El hombre de los lobos por el hombre de los lobos*. Buenos Aires: Ed. Nueva Visión.
- Masotta, O. (2004). *Ensayos lacanianos*. Buenos Aires: Ed. Eterna cadencia.
- Miller, J.A (2010). *13 clases sobre el Hombre de los Lobos*. Buenos Aires: Ed. Unsam.
- Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Ed. Nueva visión.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración*. Buenos Aires: Ed. Katz.
- Soria Dafunchio, N. (2008). *Confinés de las psicosis*. Buenos Aires: Ed. del Bucle.
- Soria Dafunchio, N (2015). *¿Ni neurosis ni psicosis?* Buenos Aires: Ed. del Bucle.